

El magisterio de «Clarín» en la literatura uruguaya

*Al arqueólogo Dr. García y Bellido,
gran amigo de Asturias.*

Presencia de «Clarín», en Montevideo

En la historia de la literatura uruguaya del XIX, nutrida singularmente por corrientes trasatlánticas, existen —según Zum Felde— tres épocas definidas: el Salón Literario, el Ateneo y el Café. Finalizaba el siglo y el país bogaba por alcanzar personalidad propia entre el pensamiento tradicional europeo, cuando una nueva ola le abate hacia la costa del modernismo. Es entonces cuando se abandona la «sala solemne y gentil del Ateneo», por el ambiente «turbio y bohemio del Café». ¹ Mas en el paso se dio un claro período de transición, marcado por un esfuerzo juvenil.

Se realiza en el momento (año de 1895 al 96) en que Rubén Darío lanza en Buenos Aires a las corrientes del Río de la Plata sus artículos modernistas, y lo promueven en Montevideo los jóvenes José Enrique Rodó, Víctor Pérez Petit (de veinticuatro años), y los hermanos Martínez Vigil; encuadrados en la misma generación. Su palenque era, cada dos meses, la «Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales» que señala, perfectamente, la transitoriedad, y el estado mediocre del movi-

(1) ZUM FELDE, A.: *Crítica de Literatura Uruguaya*. Montevideo, 1921, pp. 35 y ss.

miento literario del Uruguay. En sus páginas existen ya ligeros brotes modernistas; pero, no caracterizan todavía en Montevideo la nueva tendencia, mientras que, por el contrario, lo que salva a la «Revista», «ante el interés histórico, es su parte crítica»,² con las colaboraciones de Rodó y de Pérez Petit. Es decir, lo perdurable en ella, es su esfuerzo por formar una nueva conciencia literaria nacional con personalidad propia, y fortalecer el hispanoamericanismo.³

Cada una de esas cuatro etapas vive el pensamiento español merced al comercio bibliográfico de España con la «cosmópolis del Plata» que, «abierta a todos los vientos, acogía efusivamente su mensaje espiritual»,⁴ y mediante la prensa madrileña, de gran influencia también en Montevideo.⁵ En la época del Salón literario late el pensamiento sansimoniano bajo el ropaje romántico de los artículos de Larra. La inquietud universalista del Ateneo provoca la reedición de las obras de Campoamor. La generación de la «Revista», estudia y aplica el criticismo de «Clarín». ⁶ Y en el Café, reafirma la semilla arrojada por Rubén, el modernismo de Enrique Gómez Carrillo.

Por dicho conducto cruzaron el Atlántico el nombre y la obra de Leopoldo Alas que era uno de los maestros de «excelente mercado», y sus obras se encuentran todavía hoy, en edición príncipe, en las ferias montevidéanas del libro viejo;⁷ señal de la profusión con que llegaron al país.

(2) Id. *Ibid.*, pp. 40 y 41. PÉREZ PETIT, V.: *Rodó. Su vida. Su obra*. Montevideo, 1937, p. 39, la considera hito en la evolución intelectual del Uruguay.

(3) LAUXAR: *Rubén Darío y José E. Rodó*. Montevideo, 1945, p. 110, expresa esta ansiedad de Rodó, a propósito de la «Revista Nacional», diciendo: «Quisiera... levantar a unánime vida todas las inteligencias americanas, con tesón y paciencia inquebrantables.» ETCHEVERRY, J. E.: *La «Revista Nacional» (1895-1897)*. En «Número», Montevideo, enero-junio 1950, pp. 269-275.

(4) ARRIETA, R. A.: *La Literatura Argentina y sus Vínculos con España*. Buenos Aires, 1957.

(5) SABAT PIBLET, J. C.: *En el Centenario de Vital Aza. El Signo de «Madrid Cómic»*. En el suplemento dominical de «El Día», Montevideo, 29 de julio de 1951.

(6) PÉREZ DE CASTRO, J. L.: *Figaro, en el Acercamiento del Uruguay a España*, suplemento citado, 12 de marzo de 1960. PÉREZ DE CASTRO, J. L.: *Presencia de Campoamor en Montevideo*. *Ibid.*, 30 de abril. *El Magisterio de «Clarín» en la Juventud Americana*. *Ibid.*, 3 de julio. PÉREZ DE CASTRO, J. L.: «Clarín, Crítico e Introdutor de Rodó». *Ibid.*, 24 de julio.

(7) Recientemente pudimos comprobar: «El Señor...», «Nueva Campaña», «Palique», «Solos», «Sermón Perdido» y «Un viaje a Madrid». También «Yo», de BONVOUX.

En las bibliotecas particulares de Rodó y de Pérez Petit hallamos actualmente de «Clarín», en la del primero, conservada en la Casa de Lavalleja del Museo Histórico Nacional: «La Literatura en 1881», «Sermón Perdido», «Un viaje a Madrid», «Nueva Campaña», y «VII Folletos Literarios». En la del segundo, adquirida por la Biblioteca Nacional, dimos únicamente, por haber sido bastante expoliada, con «Ensayos y Revistas», «Palique», y «Solos».⁸ El hecho de no repetirse los títulos en una y otra, la camaradería entre ambos orientales, y el saber que Rodó conocía también de «Clarín» las obras que poseía Pérez Petit, nos hace presumir que debió de haber entre ellos intercambio de lecturas y bibliografía clariniana.

Y es fácil deducir también, por los fondos que poseían, que lo que más les interesaba del maestro ovetense era su obra crítica; aunque nos consta que leyeron también «La Regenta» y «Su Único Hijo». Los dos le siguieron por aquella senda; pero cada uno obtuvo de ella, en virtud de su temperamento, enseñanzas distintas aunque complementarias, y esa distinta influencia la dejan traslucir en los artículos que dedicaron en la «Revista» a analizar la obra crítica del Maestro.

«Clarín», juzgado por Rodó

El conocimiento de «Clarín» por Rodó es coetáneo a su época de estudiante, en que descubre, «recién iniciada su carrera», al «estupendo artífice que había en Leopoldo Alas».⁹ Es por tanto, anterior al nacimiento de la «Revista Nacional», en cuyo primer número y primer trabajo periodístico de Rodó —redactado un año antes (1894)— reconoce al enjuiciar «*Dolores*» por Federico Balart, la acertada observación de Alas de que «El mismo «Idilio» es un ejemplo de que sabe hacer

(8) Biblioteca Rodó del Museo, signaturas: E-2-24; C-2-21; D-5-25; A-1-24; C-3-11 a 12. Biblioteca de Pérez Petit, en la Nacional: PQ 6503.

(9) PÉREZ PETIT, V.: *Rodó...* cit., p. 51.

sentir también pintando amores y tristezas, pero aun allí no los canta líricamente y en forma personal...».¹⁰

Prueba de que ya «Clarín» le ganó desde el primer momento, es que ya entonces su conocimiento de él era muy maduro, pues a su tercera colaboración Rodó escribe, con acierto, dos artículos¹¹ con un amplio análisis sobre «La Crítica de «Clarín», y en ellos proporciona una visión del Maestro, aún no superada, y casi desconocida. Enjuiciando estos artículos, que fueron «la primera consagración del escritor uruguayo», José Pedro Segundo afirmaba en 1944, que, «ni la bibliografía española, ni la bibliografía americana, puestas a contribución y competencia, pueden ofrecer, que sepamos, una semblanza más comprensiva y veraz de la complejidad de facultades y recursos que atesoró el animoso y honrado contendor de los falsos sacerdotes del arte en la España de fines de la pasada centuria». Y se dolía de que Azorín ignorase (en su lamentación de 1912 sobre la ausencia de un estudio serio sobre Alas) que ya estaba hecho en Montevideo desde 1895.¹²

Dicha afirmación tiene aún hoy plena vigencia, pese a que «La crítica de «Clarín», por Rodó, ha sido ya reproducida, además de en «Clásicos y Modernos» (Madrid, 1913), en la edición póstuma de «El que vendrá» efectuada en Barcelona (1920), en el volumen I de la edición Oficial de las «Obras Completas» de Rodó (Montevideo, 1945), y en la de Aguilar (Madrid, 1957). Por ello importa todavía resumir y glosar —con criterio distinto al de Albarrán Puente—¹³ los puntos de enfoque de sus manifestaciones.

(10) Rodó, J. E.: «Dolores», por Federico Balart. En la «Revista Nacional...», Montevideo, 5 de marzo de 1895, núm. 1, p. 9. O, en *Los Escritos de la «Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales»*, en las «Obras completas de José E. Rodó, Edición oficial. Montevideo, 1945, p. 30 del vol. I., y en la edición de «Obras completas», de Aguilar, Madrid, 1957, p. 739.

(11) Rodó, J. E.: *La Crítica de «Clarín»*. En la «Revista Nacional...», 20 de abril y 5 de mayo de 1895. Ns. 4 y 5, pp. 57 y 75 y 76, respectivamente. El original con los materiales preparatorios y borradores, se encuentran en el «Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios del Uruguay», archivo 2, signatura 1 -B- 2.

(12) Segundo, J. P.: *Introducción*, a la edición oficial de «Obras completas», citada, pp. XXXIII y XXXIV, núm. 1.

(13) Rodó, J. E.: *El que Vendrá*. Barcelona, 1920, pp. 30 y 45. En «Obras completas», pp. 31-44 de la montevideana, y pp. 752-758 de la madrileña.

ALBARRÁN, G.: *El Pensamiento de E. Rodó*, Madrid, 1953, pp. 647-649.

Caracteriza Rodó la personalidad crítica de «Clarín», por sus ideas modernas y avanzadas, amplitud de cultura, complejidad de espíritu, nostalgia de la inteligencia en la época, afirmación imperativa, brío atlético, sólida unidad de criterio, convicciones dogmáticas; y como nota singular: «la porfiada reivindicación de la legitimidad y la eficacia negadas al verdadero *juicio* literario por el escepticismo estético hoy en boga, y en el acuerdo de sus procedimientos con tal afirmación».

Ante el dilema polémico: crítica artística y doctrinal, sitúa la posición de Alas reconociendo la legitimidad y oportunidad de la impresión y el sentimiento individual, la afirmación estética, que puede estudiarse en «ciertas páginas de «Ensayos y Revistas». El juicio de arte sí; pero, no como belleza aislada, sino extendiendo también sus horizontes sobre lo que pueda hacer de la crítica «investigación científica del ambiente», «estudio de relaciones sociales y políticas», «materia de observación moral o experimento psicológico». Criterio que no es salto atrás, sino reivindicación. La relación estético-crítica de Flaubert, sancionada por Guyau, frente a la sustitución de Saint Beuve o al procedimiento de Taine. «Clarín» participa de ambas tendencias y en tal sentido su crítica es «subjetiva, de impresión personal», como se aprecia en uno de sus «Folleto». Crítica «esclarecedora de las profundidades de la idea y el sentido del artista, de determinación del íntimo espíritu de la obra y concreción de sus más vagos efluvios e ideales», de los «procedimientos técnicos», cual aparece en sus estudios acerca de Baudelaire o de «Le Prêtre de Nemi», de Renan. Crítica donde surja «el elemento biográfico en sus conexiones con el carácter y la obra del artista, el estudio del desenvolvimiento de su producción y de los lazos que la vinculan a la realidad de su existencia y las intimidades de su alma»; como se nota en la semblanza de Galdós «Treinta años de París», y en la de las «Cartas de Julio de Goncourt». Crítica expansiva, emocional, inspirada, como le sucede en la «elocuente exhortación de tolerancia positiva y confraternidad espiritual», de su estudio sobre «La Unidad Católica» de Ordóñez.

En cuanto al procedimiento, Rodó distingue dos etapas en

la crítica de «Clarín». La anterior a la aparición de «Mezclilla», donde se muestra «humorista original», «fustigador despiadado», censor minucioso con facultad de ver lo pequeño y de observar lo nimio, y fuerza de ingenio en la cacería del vocablo. Y la etapa posterior en cuya crítica permanece la sagacidad de la forma y el detalle, pero relegada por el pensador, la aptitud de generalización, fuerza sintética, impresión de conjunto, y la nota personal de su estilo con que ha caracterizado aspectos de Pereda, Zola, Galdós, Valera, o la Pardo Bazán. Reconoce en ella ciertos odios literarios —en el decir de Zola— nerviosa intemperancia, excesivo encarnizamiento con las medianías, y autoritaria tendencia a establecer la indiscutibilidad de los maestros. Como nota constante señala esa tristeza a lo Figaro, producto de la desolación ambiente, a la que «Clarín» añade un pesimismo personal que le impide ver entre la sombra y el genial optimismo de Valera.

Finalmente dedica la última parte a analizar la obra de Alas en relación con el panorama español. Señala su notoriedad literaria hacia 1880, en coincidencia con las primeras manifestaciones naturalistas, y atribuye a la eficacia de su crítica militante —realizada por la oportunidad de la renovación ideológica— la tolerancia en el público para la heterodoxia literaria. El punto de partida de esta influencia, lo fija en el juicio sobre «La desheredada» de Galdós, «al que no sería aventurado conceder en la crítica española significación que en la novela tuvo la obra a que se refiere como iniciación de rumbos nuevos», y en el de «Los buenos y los sabios» de Campoamor. Su naturalismo se distinguió por su «criterio amplio», «cultura total», «defensa de los clásicos como elemento de educación» y «dilatación de horizontes»; en cuyo sentido debe significarse el prólogo de «La cuestión palpitante», del que analiza su contenido y simbolismo. La nueva orientación de su espíritu responde más que a una idea modificada, a un impulso hondo y complejo anhelo de renovación religiosa que ya se vislumbra en el examen de «Maximina» o de «Mensonges», y sobre todo a partir de «Ensayos y Revistas». Tolerancia y sentimiento de concordia que en el último de los «Folletos Literarios», acaso «el más hermoso y sugestivo de todos», se formula respecto de

la enseñanza. En este sentido Rodó emite un juicio más sobre «Clarín» en sus «Notas sobre crítica», publicadas en la misma «Revista», el 10 de enero de 1896, cuando comenta: «Leopoldo Alas traduce acertadamente en máxima de crítica la frase famosa de Terencio: «No me es ajeno nada de lo que me es humano.» El mejor crítico será aquel que haya dado prueba de comprender ideales, épocas y gustos más opuestos». Y aun añade a propósito de la dificultad del crítico para expresar con la limitación del lenguaje sus emociones estéticas: «tiene, entendida así, un sentido profundo la frase con que termina el autor de *Apolo en Pafos* su examen de cierto libro de Pereda «La crítica debiera auxiliarse a veces de la música. Sólo con una melodía muy tierna y dulce podría juzgarse de la belleza más recondita de la última parte de *La Montálvez*».¹⁴

El fracaso de «Teresa»

En 1895, «Clarín» prueba fortuna en el teatro con la pieza en un acto «Teresa»; sobre la cual se emitieron los juicios más dispares, tanto desde el punto de vista dramático, como de su contenido moral.¹⁵ Al «fracaso» que el estreno de la obra tuvo en Madrid, siguió una representación exitosa en Barcelona, y con este motivo salió a la defensa de «Clarín», el crítico y dramaturgo Juan Torrendell; cuyo testimonio es «muy poco conocido».¹⁶

(14) «Revista Nacional...», p. 326. En «Obras completas», pp. 138 y 140 de la montevideana, y pp. 801 y 803 de la madrileña. Figura asimismo en «Crítica», por José E. Rodó, en «El Porvenir Intelectual», Buenos Aires, 20 de junio de 1900.

(15) La bibliografía sobre «Teresa», puede verse en *Noticia de tres jolletos contra «Clarín»*, por José M. MARTÍNEZ CACHERO («Boletín del Instituto de Estudios Asturianos», Oviedo, agosto de 1959, núm. XXXVII, p. 242 (núm. 10). Por no haberlos visto citados, recomendamos sobre su estreno en Oviedo, «El Carbayón», 11 y 13 de abril de 1896, y este juicio de M. Arboleya Martínez: «Yo recuerdo perfectamente que un periódico católico de Oviedo nos pintó con ese motivo a «Clarín» como apóstol fracasado del socialismo cuando bastaba leer la obrita esa para convencerse uno de que en su tendencia, en su lenguaje y en su desarrollo es, sencillamente, cristiana, moral y edificante». (*El Caso de Asturias*, Barcelona, 1918, cap. III, p. 31). Interesa también no despreciar la indicación de EDUARD J. GRAMBERG: *Fondo y forma del humorismo de Leopoldo Alas «Clarín»*, Oviedo, 1938, p. 137, núm. 2.

(16) TORRENDELL, J.: «Clarín» y su ensayo. Barcelona, 1895.

Torrendell, aunque natural de Mallorca, emigró a Montevideo cuando estaba a punto de concluir la carrera eclesiástica; y aquí ganó un extraordinario prestigio, en los círculos literarios, con el libro, y en la prensa con su seudónimo «Blandengue». Por ello mantuvo amistad con los redactores de la «Revista Nacional», singularmente con Pérez Petit, y con otro de sus críticos: el periodista Eduardo Ferreira. De aquí, y dada la admiración que en el Uruguay se sentía por Leopoldo Alas, cuando Torrendell publica en Barcelona el opúsculo «Clarín y su ensayo», Ferreira hace de él un caluroso elogio; que repercute en Montevideo en defensa de la obra teatral.¹⁷

Aunque admirador sincero de «Clarín», al que considera crítico concienzudo, analítico, imparcial, implacable y competente, no por ello deja de señalar Ferreira, cuando lo descubre, un «convencionalismo o un error». Pues fue precisamente la causa de la justicia, la que le obligó a escribir la crítica de «Teresa»; que más que la defensa de un literato, era la hermosa defensa del teatro moderno», al que no supo rendir culto el atrasado público español. El público del teatro, pues mientras éste se aburre ante un drama naturalista, el público de la novela aplaude a sus autores que pueden ser, precisamente, Galdós y «Clarín». El mal radicaba a su juicio en la prensa que, lejos de formar, alienta «al pueblo de los grandes idealismos de su tradición literaria». La personalidad de «Clarín», en este caso, aparece como secundaria para Torrendell. Lo principal es el arte. Porque al fracasar «Teresa» —cscribe Ferreira— ha fracasado una nueva y valiosa tentativa de la vastísima fórmula moderna». En este sentido de fracaso por incompreensión del naciente teatro, es en el que se ha visto en Montevideo, a través de Torrendell, el estreno de «Clarín».

Cuando se escribe dicho opúsculo apologético (1895) —que valió a su autor la amistad de Leopoldo Alas— ya Torren-

(17) FERREIRA, E.: *Revista literaria. «Pimpallos» (Colección de Cuadros). «Clarín» y su ensayo (estudio crítico) de Juan Torrendell.* López, editor. Barcelona. En la «Revista Nacional...», 10 de julio de 1895, núm. 9, y en el núm. 10 del día 25, pp. 148 y 149 que es el dedicado por entero a «Teresa». Sobre el autor puede consultarse *Uruguayos Contemporáneos*, por A. SCAVONE. Montevideo, 1937, p. 185.

dell se encontraba repatriado, y enviaba desde España a la «Revista Nacional», colaboraciones epistolares. La segunda, fechada en Madrid el 17 de enero de 1896 y publicada como «párrafos de una carta íntima» sobre la «Vida literaria madrileña» (en el n.º 23 del 10 de febrero) manifiesta las dificultades y sumisiones inmensas que el literato tiene que soportar para lograr un editor o el autor teatral empresario. «¡Si tú vieras aquí las cosas! Leopoldo Alas («Clarín»), de quien soy amigo y con quien me carteo mucho, me lo ha dicho. El literato en España es menos que un cero a la izquierda... ¡Qué desengaños! ¡Si tú lo vieras..! En los saloncillos de los teatros privan los tontos. Se aplasta a las notabilidades. Galdós es un tonto, *Clarín* un animal, y así todo. Da asco; créeme. Y eso que Galdós y *Clarín* son los más respetados porque viven lejos de Madrid».

Por las referencias y la crudeza de este párrafo parece que Torrendell —al que no debió de ir en la feria tan bien como se prometiera en América— cruzó con «Clarín» un interesante epistolario cambiando impresiones acerca de la situación teatral y de las causas que hicieron fracasar a «Teresa».

Pérez Petit, intérprete del humor clariniano

Cuando Pérez Petit se incorpora a la «Revista Nacional», su pluma, al contrario de la de Rodó, ya se había iniciado en la crítica militante «un poco a lo «Clarín», arremetiendo duramente contra todos los que consideraba malos escritores». ¹⁸ Ya desde sus primeros pasos, en 1890, se confiesa un seguidor del crítico ovetense; descoso de «sanear el ambiente literario». Fue también el primero que en el Uruguay defendió ardorosamente el naturalismo. Por ello, Enrique Gómez Carrillo le escribía, desde París, el 5 de octubre de 1895, enviándole su «Literatura extranjera»: «usted no encontrará en él sino ideas y sentimientos opuestos a los sentimientos y a las ideas de usted... Salimos de la misma fuente y hemos llegado a puntos distin-

(18) PÉREZ PETIT, V.: *Rodó...* cit. p. 67.

tos: usted, a la creencia firme en la belleza de la realidad; yo, a una adoración vaga de lo raro y de lo nuevo». Y, sin embargo, rogaba al crítico uruguayo una nota sobre el libro; del que Pérez Petit acabó mostrándose entusiasmado.¹⁹ En dicha carta prometía, asimismo, enviar colaboración a la «Revista» y, en su virtud, y en la de la alegría con que los redactores acogieron la promesa, la dieron a publicidad precedida de un acápite en el cual recuerdan el nombre ya honroso de Gómez Carrillo; que mereció los juicios más autorizados, hasta de la crítica de Leopoldo Alas.²⁰ Poco después la «Revista» publicaba de Gómez Carrillo «Una visita a Jules Bois», y un capítulo inédito (con dedicatoria a «Clarín»²¹) de su nuevo libro «Almas y cerebros».

No obstante la mayor experiencia de Pérez Petit y su más viejo conocimiento de «Clarín», Rodó se ocupó de él mucho antes y con cariño de discípulo. Pues cuando Pérez Petit lo hace, lo efectúa «a propósito de los Paliques»,²² para salir al paso a dos artículos insertos en revistas americanas. Tal vez por eso, la réplica de Pérez Petit tiende, en este caso, más que a la crítica, a la divulgación; sin que por ello carezca de agudezas dignas de notar.

La parte divulgadora consiste en aclarar, siguiendo el prólogo de «Palique», si la crítica de «Clarín», al que considera el «primero», el «mejor», de los críticos españoles contemporáneos, implica o no un retroceso a aquella manera de juicio que había señalado Rodó. Es decir, a la de «Sermón Perdido»,

(19) PÉREZ PETIT, V.: *Enrique Gómez Carrillo. Literatura Extranjera*. En la «Revista Nacional...», 10 de abril de 1896, núm. 25, pp. 1-4. Lo incluyó más tarde en su colección de artículos bajo el título «Los Modernistas», 1943, pp. 405 y ss.

(20) *Colaboración de Enrique Gómez Carrillo*, en «Revista Nacional...», 10 de noviembre de 1895, núm. 17, p. 260.

(21) GÓMEZ CARRILLO, E.: *Alma Inquieta*, prólogo de su libro en preparación «Almas y Cerebros». En la «Revista Nacional...» 25 de marzo de 1897, núm. 48, pp. 370-372. Véase nuestra nota 43.

(22) PÉREZ PETIT, V.: *A propósito de los «Paliques» de «Clarín»*. En la «Revista Nacional...», 25 de junio y 10 de julio de 1897, ns. 50 y 51, pp. 17-19 y 34-35 respectivamente. Los reelabora, con muchísimas variantes de léxico, estilo, metáforas y ejemplos, en su tomo IV de «Obras completas: Lecturas». Montevideo, 1942, pp. 107 a 143. Da aquí un carácter más general a los principios de la crítica de «Clarín», y emplea la denominación «crítica técnica», donde antes usaba la de «crítica científica».

«Nueva Campaña», y «Solos», después de haber escrito «Mezclilla» y «Ensayos y Revistas». Concluyendo por afirmar con Alas, la legitimidad, complemento y coexistencia de las diversas clases de crítica; pero, recabando en la literaria un primer puesto para la artística: aplicación de principios y reglas. Y mostrándose, en todo, partidario de la eficacia de la crítica gendarme que persigue a los escritores salidos de los fondos de la subcultura, y en aplicarles esa crítica de sus primeros tiempos: aguda, breve, militante, detallista, implacable con las nulidades, severa con las medianías, paternal con los principiantes.

Como consecuencia de su ejercicio, señala el heroísmo del crítico (de «Clarín») para soportar los odios y venganzas que le reporta, y en ellas encuadra «el odio que ha llevado a los gacetilleros a silbar una obra excelente como lo es, con seguridad, el drama *Teresa*».²³

Para juzgar de su eficacia y utilidad, cita los nombres de quienes han sido colocados en lo más alto del Parnaso por otros críticos —entre ellos menciona a Suárez Bravo y a Jove y Hevia— y hoy están totalmente olvidados, y cómo los de Campoamor o Palacio Valdés que habían escapado a la crítica gendarme de Alas, recorren triunfantes todas las latitudes.

Para llevarla a cabo, reconoce en «Clarín», bizarría, coraje, el valor de sus convicciones, sagacidad de espíritu y humorismo. Bizarría y coraje para sacrificar las propias conveniencias por «simple amor a lo bello, el provecho y el engrandecimiento del arte». De lo contrario, quienes no lo posean en el grado que «Clarín» indica en su «Carta a un sobrino...», en «Nueva Campaña»; «A muchos y a ninguno», en «Mezclilla»; en la «Revista Literaria de enero de 1890», en «Ensayos y Revistas»; o en el prólogo de «Sermón Perdido», vale más que como «los Palacio Valdés, y los Federico Balart hayan abandonado la tarea y se dediquen a otra de más provecho».²⁴

(23) «Revista Nacional...», cit. núm. 50, p. 18. En la versión de «Lecturas», cit. prescinde de este juicio y ejemplo, acaso porque ya no lo compartía

(24) PÉREZ PÉREZ, V.: *A propósito...* cit. núm. 50, p. 19.

En cuanto a la manera de reaccionar «Clarín» ante la penuria de autores reconoce con Rodó el pesimismo de sus trabajos, «un desaliento hondo, una tristeza amarga y desconsoladora. Su sátira, sus burlas, todo su *humor* son hijos de ese pesimismo; y por ello es que cualquiera, hasta el menos lince, puede penetrarse de todo el desconsuelo que bulle bajo la risa del escritor».²⁵ Es aquí, en la clasificación de su risa, donde muestra Pérez Petit las mayores agudezas de su crítica, que más que glosarlas merecería la pena transcribir, pues con el valor de su juicio y el de su anticipación, viene a perfilar y complementar la obra de Gramberg.²⁶

El pesimismo subterráneo en la prosa de «Clarín» nace, en el decir de Pérez Petit, de que su espíritu justiciero no le permite tolerar las nulidades infatuadas, el mal gusto, y la necesidad. Pesimismo que califica de *regional*, y considera «más hondo, más prosaico, más lúgubre» —«casi brutal»— que el otro, «más grande y más artístico», dulce y melancólico, que alborea en sus últimos trabajos (*La Terre*, de Zola; Baudelaire; *Mensonges*, de Bourget; de Camus), y es: «debido a las corrientes modernas que dirigen toda la literatura, a las ideas morales que dominan al siglo, al influjo de la ciencia y a cien otras causas generales, extrínsecas al escritor».²⁷ A diferencia de Rodó que veía en Alas, además de aquél, un pesimismo personal, Pérez Petit señala este otro de signo más universal, más en consonancia con el espíritu de «Clarín», y que no excluye el íntimo; el que pudiera llamarse decepción.

Por eso Alas, «lo mismo que Moratín, mientras castiga ríe». Risa que Pérez Petit consideró en un principio «a la manera de Hamlet», y, últimamente calificó de volteriana; pero amarilla, no negra, como también reía el patriarca de Ferney.²⁸ Risa eminentemente burlesca, al punto de que en la reelaboración de su artículo no duda en suplir aquella palabra por ésta, en algunos párrafos.

(25) *Ibid.*, núm. 51, p. 34.

(26) GRAMBERG, E. J.: *Fondo y Forma...* cit. Desconoce las apreciaciones del crítico uruguayo.

(27) PÉREZ PETIT, V.: *A Propósito...* cit. núm. 51, p. 34.

(28) *Ibid.* Y en «Lecturas», cit. pp. 131-134.

El chiste en «Clarín» es original, por eso su burla no cautiva a la mayoría, sino a los que leyéndole reflexionan; a los que «conocen la teoría de Bain y de Hebert Spencer sobre ese fenómeno psicológico». No habla bufonescamente para los ignorantes, con burla egolátrica, porque su chiste es triste; sino espiritualmente a la intención, con su ingenio semioculto en la frase, con burla moralizadora. Por eso, a la vez que hace reír, castiga y duele: Lejos de «contagiarnos de alegría, nos mueve a penosas reflexiones», con desgarró; pero, sin nihilismos. Para aleccionar, no para matar.²⁹ «Leopoldo Alas siempre trata de aleccionarnos con su burla, haciéndonos entrever que el mal sobre la tierra aun puede ser más grande de lo que es».

Cuando más acertado está Pérez Petit, es cuando califica esa rísa de sonrisa,³⁰ que es la manera peculiar de reír en Asturias, la tierra cuyo temperamento Alas llevaba tan dentro de sí, de su humorismo.³¹ Y a través de esa sonrisa melancólica oculta en los «paliques»,³² su crítica se vuelve satírica, justa, razo-

(29) Como ejemplo de elección, copia de «Paliques» el párrafo en que «Clarín» se burla del P. Blanco, por usar el verbo rotular como reflexivo. («Lecturas» p. 136) Y para demostrar cómo se ríe, otro del mismo P. sobre *mutuo parecido* (Ibid., pp. 137 y 138).

(30) PÉREZ PETIT, V.: *A Propósito...* cit. en «Lecturas», cit. p. 134.

(31) CAMEZAS, J. A.: *Prólogo* a las «Obras selectas» de Leopoldo Alas. Madrid, 1947, p. XXVII. BACETA TRULLÉS, A.: *Leopoldo Alas, «Clarín»*. Buenos Aires, 1952, p. 20. GRAMBERG, E. J.: *Ob. cit.*, p. 21.

(32) Vale la pena transcribir estos juicios acerca de los paliques y su lectura: «...son festivos... pero de una manera triste, cual si la sonrisa violenta lastimara los músculos de la cara y pusiera sobre ésta un tinte de dolor. El lector de buena fe, durante la lectura de esas sátiras vive dos veces, porque sus nervios están en tensión, y no pueden descargar por la franca válvula de la rísa toda la corriente nerviosa que los electriza; porque su cerebro está elaborando ideas abstrusas, negras y dolorosas; porque su sangre consume oxígeno extraordinariamente en la exuberante vida que aniquila el organismo. El espíritu y la inteligencia se deleitan; la materia y el cuerpo se fatigan. A semejanza de los placeres supremos e intensos, esta lectura eminentemente sugestiva nos deja rendidos, completamente abrumados.»

«La sátira y los «paliques», no es «la sátira brillante y con reflejos metálicos de los clásicos latinos, ni la jocosa y de grandes cuadros, incendiados de luces, de los escritores franceses, ni la analítica y apasionada de los que la ejercen en la ibérica península. Si es cierto que en el estilo del autor de *Su único hijo* hay mucho de ático, no es menos cierto que ofrece, más que cualquier otro escritor, un sello eminentemente particular... En su frase, casi siempre doctoral..., un sí es no es oscura y eminentemente sugestiva, lo que nos le presenta, a veces, como un espíritu más germano que latino, y en su rísa amarga, bñente, llena de desprecio, de dolor, de triste pesimismo, palpita siempre esa rebosante vida de las brusquedades y durezas que parecen ser las fuerzas dirigentes de ese su carácter avasallador, nervioso e implacable. Su expresión

nable e independiente, sin que la muevan impulsos inconfesables; como se ha llegado a afirmar. En deshacer este juicio, es donde más ahinco ejerce Pérez Petit. Para él, Alas era un «triunfador» que no necesitaba envidiar a nadie: «Su fama literaria está hecha; su autoridad es indiscutible... «Clarín» es un maestro recto e imparcial... Castiga sí, pero como puede castigar un dios: sin rencor, por espíritu inmanente de justicia». ³³ Y para demostrarlo pone ejemplos bien tangibles.

Finalmente, recomienda la crítica satírica y policíaca que informa los «paliques»; pero siempre que se use como Alas: con «sano criterio», «prudente medida» y «elevadas miras»; ³⁴ de lo contrario es el más peligroso instrumento.

La amistad y el epistolario entre «Clarín» y Rodó

Se ha dicho de Rodó, con gran acierto, que ya desde el primer momento de su iniciación en la literatura, sabía perfectamente a dónde iba y qué deseaba. Su dedicación a temas selectos, y su afán de establecer relaciones con las figuras capitales del movimiento literario hispánico, son la mejor prueba en tal sentido y en el de su ansiedad por la unidad racial de españoles y americanos a través de vínculos culturales (Etcheverry, cit. 274).

por tal manera, resulta siempre altiva, como la del que sabe que está en lo cierto, como la del que no puede equivocarse. Sus dardos, con ser más agudos que los de los troyanos, llevan siempre un ligero barniz de ironía que disimula los rayos de sus puntas aceradas. Su censura lastima callandito; la herida que causa, por superficial que sea, trae la muerte. Además, *Clarín* no se cuida de atenuar la fuerza de su ataque cuando considera la nulidad que ha de sufrirlo. Satiriza sin importarle ni mucho ni poco el efecto que experimenta el satirizado. El se encuentra demasiado alto sobre las vulgares conveniencias mundanas, para que lleguen hasta sus oídos los lamentos del pecador herido por sus rayos vengadores. Pasa, y la huella de su látigo queda siempre.»

«...Y a veces, después de haber leído veinte páginas, gritaríamos al autor: «¡Basta va! No más llagas puestas al desnudo tan despiadadamente; ¡basta, *Clarín*!, no más ese silbido de las correas que crisan los nervios.»

(Párrafos tomados de los primeros artículos, «Revista Nacional...», cit., núm. 51, pp. 34 y 35.)

(33) PÉREZ PETIT, V.: *A Propósito...* «Lecturas», 140 y 141.

(34) *Ibid.* «Revista...», núm. 51, p. 35.

Como consecuencia, cuando en 1895 publica sus artículos sobre la crítica de «Clarín», se los envía de inmediato a Oviedo, desde donde el interesado le responde el 29 de diciembre de 1895, al «Sr. Director de la *Revista Nacional* de Montevideo. —Muy señor mío: He recibido un ejemplar del número 5.º de su ilustrada *Revista* en el cual leo una segunda parte de un artículo que se me dedica, y que va firmado por el señor don José Enrique Rodó.

»Escribo a V. ante todo, para rogarle que, en mi nombre, dé las gracias más expresivas al Sr. Rodó por su artículo.

»Cuando elogios o censuras vienen de quien demuestra escaso juicio y gusto, me dejan igualmente tranquilo e indiferente. Cuando las censuras prueban talento en el que escribe, me pican. Cuando los elogios nacen de un espíritu escogido y serio, como lo es sin duda el del Sr. Rodó, me halagan y los agradezco mucho.

»Por interesarme de veras ese trabajo, llego a mi segunda súplica: que me envíe V. el número en que haya salido la primera parte.

»Por todo le anticipo las gracias y me ofrezco su compañero y affmo. S. S. Q. L. B. L. M.».

Desconocía «Clarín» que el director de la «Revista», o al menos «principal codirector» —como lo llama Zum Felde— era el propio Rodó, a quien emocionó tanto la carta, que la dio a publicidad.³⁵ El efecto que causó en su ánimo, y la importancia que tuvo para afianzar su vocación literaria, fue mayúscula. El mismo lo comunicaría a Alas, desde Montevideo, el 20 de febrero de 1896, con esta carta llena de sinceridad:

«Maestro y amigo:

»Mi compañero, el director de la «Revista Nacional», donde

(35) Ms. original en el «Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios», de Montevideo. Fondo José E. Rodó. Se publicó en la «Revista Nacional de...», año II, 25 de enero de 1896, núm. 22, p. 339: *De Leopoldo Alas*. La transcribió íntegra «La Campaña», de Río Negro, del 19 de febrero de 1896, y fragmentada: «La Unión», Minas (Uruguay), 4 de marzo de 1896. Últimamente se incluyó por EMIR RODRÍGUEZ MONEGAL, en el epistolario de Rodó inserto en sus «Obras Completas», edición de Aguilar citada, p. 1260.

hago mis primeras armas literarias, me ha dado a leer la atenta carta que con fecha de diciembre ppdo. le ha dirigido Vd. a propósito del artículo por mí publicado en esa Revista con el título de «La crítica de Clarín».

»Necesito testimoniar a Vd. mi satisfacción y mi gratitud por esa carta, para mí muy honrosa. He dedicado a Vd. uno de mis primeros trabajos de iniciación literaria porque a la lectura de sus obras y a la enseñanza de su crítica atribuyo una de las influencias más benéficas y poderosas en la educación de mi espíritu. Puede Vd., pues, figurarse cuánto me complace y cuánto me estimula que a Vd. le haya agradado aquel trabajo y que él haya dado motivo para que manifieste juicio tan favorable sobre mí.

»En el ambiente ingrato para todas las manifestaciones desinteresadas de la labor intelectual, de estas democracias inquietas y mercantilizadas, una palabra de aliento que venga de quienes significan y valen lo que Vd. decide a menudo la constancia de una vocación combatida por la ausencia de estímulos y esperanzas.

»Con el número de la *Revista* en que se publicó la primera parte de mi artículo sobre Vd. envíole algunos otros que contienen trabajos míos. Mire Vd. con benevolencia esos ensayos ligeros, escritos para ocupar mis ocios de estudiante. Si en alguno de ellos encuentra Vd. tal cual observación atinada, tal cual manifestación de sentimiento y de gusto, todos mis deseos serán cumplidos.

»Vinculado a Vd. desde lejos, por la admiración y el afecto, tendré el placer de enviarle en adelante cuanto escriba, siempre que a Vd. no le desagraden del todo mis rasguños de principiante.

»Créame Vd. maestro, su sincero admirador y amigo³⁶».

(36) Por el borrador de Rodó, en el cuaderno de borradores F, doc. 6, archivado en el citado Instituto. Publicada también por RODRÍGUEZ MONEGAL (cit. pp. 1260 y 1261), equivocando la palabra penúltima del antepenúltimo párrafo: *serán* por *están*.

A partir de esta carta quedaría iniciada una admiración y una amistad mutua y sincera que produjo, en aquella época en que se dedicaban muchas horas a los amigos ausentes, un breve pero hermoso epistolario, en el que por encima de toda pasión, fluye un desprendido y superior patriotismo.

También a partir de entonces la «Revista Nacional...» montevideana llegaría de modo continuado a Oviedo, como un vínculo más del hispanoamericanismo, y la calidad de alguno de sus artículos constituirían un aperitivo exquisito para «Clarín». Tanto que, en el n.º 327 de «La Saeta» de Barcelona, del 25 de febrero de 1897 —pp. 2 y 3— dedica un «Palique» a dar a

conocer a Rodó al público hispano: «En América se publican muchas revistas literarias de jóvenes que imitan a los *decadentes* franceses, y esas revistas, por lo general, son de insupportable lectura.

»Pero hay una que no es decadentista, titulada «Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales», que se publica en Montevideo, la cual es una honrosa excepción por lo discreta, seria, original e ilustrada. Trabaja en ella un señor, don Enrique Rodó, que es un crítico de cuerpo entero, que no está vinculado con ninguna de esas pestes pegajosas que tantos y tantos escritores jóvenes americanos llevan de París a su tierra.

»El Sr. Rodó reconoce que el jugo de las letras hispano-americanas debe tomarse de la tradición española.

»Perfectamente.

»¿Cómo no he estar conforme con esa idea, si la vengo predicando hace años en todas partes, principalmente en «El Imparcial» y en «Las Novedades» de Nueva York?

»Críticos como el Sr. Rodó, pueden hacer mucho en América, por la sincera unión moral e intelectual de España y las repúblicas hispanoamericanas, unión que podría preparar lazos políticos y económicos futuros, de los que, a mi ver, ya tiene

sentadas las premisas la historia, y que serán la consecuencia que saque el porvenir³⁷».

Tan sinceras eran sus palabras y tan cautivado se encontraba «Clarín», que no creyendo suficiente ese elogio —que constituye una magistral lección de hispanismo— les dedica además un «Lunes» de «El Imparcial» —el del 24 de mayo de 1897, titulado «Gente novísima»— para destacar que Rodó es de los críticos de América «el que me parece más perspicaz, bien orientado, profundo, y muy delicado de gusto»; lamentándose todavía de no tener lugar para decir aún «lo mucho bueno que el Sr. Rodó se merece».

Mientras «Clarín» afirmaba eso (que mereció aplausos, entre otros autores de Rueda, y que Rodó se preocupaba de difundir hasta en su epistolario)³⁸ Antonio de Valbuena, ofendido por los calificativos de «mezquino, pernicioso, crítico y espíritu estrecho» que le endilgaban, entre otros, los de Montevideo, dedica el 6 de junio de 1897, en «El Correo Español» de Buenos Aires, un artículo contra la «Revista Nacional...». El hecho trasciende en Montevideo y es recogido por varios periódicos que le enfrentan los elogios certeros y sin reparos, de «Clarín».³⁹

(37) Juicio reproducido en la «Revista Nacional...», 10 de febrero de 1897, núm. 45, p. 336. Y en la sección de «Opiniones críticas» de la edición oficial de «Obras Completas», citada, p. 274; de donde la resume RODRÍGUEZ MONEGAL (cit., p. 1261).

(38) *Una carta de Salvador Rueda*, a Rodó, y copiada en la «Revista Nacional...», 10 de julio de 1897, núm. 51, p. 33. Reproducida en «La Tribuna Popular», Montevideo, 22 de julio de 1897.

La carta de Rodó a Piquet, del 21 de abril de 1897, en RODRÍGUEZ MONEGAL: *Correspondencia*, en «Obras Completas», cit., p. 1272.

(39) *La Revista Nacional y Clarín. Elogio de Rodó*. En «La Tribuna Popular», Montevideo, 14 de junio de 1897.

Un Juicio Oportuno. La Opinión de Leopoldo Alas. En «La Campaña», Río Negro, 30 de junio de 1897.

Para documentar la incidencia con Valbuena véanse las referencias reunidas por ETCHEVERRY (cit., p. 281, núm. 29). Entre ellas, la carta de Carlos Martínez Vigil al chileno Fidelis P. del Solar (en el núm. 50 de la «Revista...» y reproducida por «La Campaña», el 7 de agosto), quien cita, en oposición al juicio de aquél, el del «eminente crítico español Leopoldo Alas». En relación con él, véase el *suelto* de las páginas 63 y 64, del tomo III de la misma. Y, a propósito de literatura chilena y de «Clarín», interesa el artículo de PEDRO COSSIO: *Cuestión Gramatical*, inserto también en la «Revista...», núm. 53, 10 de agosto, p. 73.

Agradecido Rodó, de Alas, por tamaño espaldarazo, le escribe desde Montevideo, el 30 de junio de ese mismo año:

«Maestro y amigo:

»La acogida benévola que mis escritos han tenido la fortuna de hallar en Vd. cuyas palabras de aliento son el mejor premio y la más satisfactoria muestra de aprobación que hasta ahora han tenido mis aficiones literarias, me mueve a escribirle, no sólo para presentarle el testimonio de mi gratitud, sino impulsado por esa tendencia normal en quien ama las letras y sabe hacer efectivo en ellas el culto de la superioridad, que nos lleva a anhelar la amistad de los que se han honrado cultivándolas y marchan delante de nosotros.

»Bien ha interpretado Vd. uno de los sentidos en mí más intensos y poderosos, cuando en las líneas que me consagra en un periódico de Barcelona me presenta como partidario de la unión espiritual estrechísima de España y América. A contribuir en la medida de mis fuerzas a tan fecunda unión, he dedicado y me propongo dedicar en lo futuro, muchos de los afanes de mi labor literaria. Por lo mismo que soy *americano apasionado*, convencidísimo de la grandeza del porvenir de esta tierra bendecida por la naturaleza, y por lo mismo que mi sentimiento patriótico es vivísimo, amo a España y la creo indisolublemente vinculada a nosotros en el pasado, en el presente y en el porvenir, hasta el punto de que las glorias de España me enorgullecen como cosa propia y me entristecían sus infortunios como los de los míos.

»Puedo asegurar a Vd. que de este sentimiento, tan natural y tan fecundo, participa hoy la mayor parte de la juventud americana; porque los últimos vestigios de celos y rencores absurdos, van desapareciendo a medida que el tiempo pasa y la conciencia de nuestra inquebrantable unidad se esclarece y depura, en nosotros, cada día.

»Suele suceder, sin embargo, que los que profesan en nuestros pueblos con más calor esta idea de reconciliación definitiva son los reaccionarios, los apologistas incondicionales de la tradición española, que sueñan con ver restablecida la unidad

espiritual de la raza sobre la base de una posible restauración de lo pasado; y que aquellos que aún quieren mantener vivos los reconres de la lucha, y se obstinan en una propaganda de detracción contra España, que sólo pudo justificarse o explicarse en generaciones anteriores a las actuales, lo hacen a título de amantes del progreso y de la libertad, de partidarios entusiastas de las ideas y de las instituciones que son gloria de nuestra América y seguro derrotero de su destino.

»Entre estas dos tendencias, por igual funestas, por igual extraviadas, yo y los que conmigo piensan procuraremos siempre mostrar cómo pueden conciliarse con la fidelidad a la tradición de la raza, con el vivo sentimiento de su unidad, el amor al pensamiento libre y a los ideales nuevos, y la tendencia amplia y *cosmopolita* que debe animar por mil razones al espíritu americano.

»Por eso contribuyen grandemente a la fraternidad de España y América los que, desde ahí, nos envían en su producción literaria, ideas que significan adelanto, libertad, y que prueban conocimiento profundo de lo que piensa y siente el espíritu contemporáneo; por eso Vd. puede contribuir eficazísimamente a estrechar los lazos de esa santa fraternidad. Y por eso, los que profanan la venerable tradición de la España *clásica* queriendo galvanizar su cadáver; los reaccionarios, los obscurantistas (sin contar los que, por sistema o por ignorancia, desdeñan o injurian a América), que también los hay, son los peores y más temibles enemigos que España puede tener en sus relaciones con estos pueblos amigos de su adelanto y convencidos de sus grandes destinos, como puntillosos, y buenos herederos de la altivez española.

»Otro de los puntos sobre los que yo quisiera hablar detenidamente a Vd. es el de mi modo de pensar en presencia de las corrientes que dominan en nuestra *nueva* literatura americana. Me parece haberlo afirmado alguna vez: nuestra reacción antinaturalista es hoy muy cierta pero muy candorosa; nuestro modernísimo apenas ha pasado de la superficialidad.

»En América, con los nombres de *decadentismo* y de *mo-*

dernismo se disfraza a menudo una abominable escuela de *trivialidad* y de *frivolidad* literarias; una tendencia que debe repugnar a todo espíritu que busque ante todo, en la literatura, motivos para sentir y pensar. Los que hemos nacido a la vida literaria, después de pasados los *tiempos heroicos* del naturalismo no aceptamos de su legado sino lo que nos parece una conquista definitiva; los que vemos en la inquietud contemporánea, en la actual renovación de las ideas y los espíritus algo más, mucho más, que ese prurito enteramente pueril de retorcer la frase y de jugar con las palabras a que parece querer limitarse gran parte de nuestro decadentismo americano, tenemos interés en difundir un concepto completamente distinto del modernismo, como manifestación de anhelos, *necesidades* y *oportunidades* de nuestro tiempo muy superiores a la diversión candorosa de los que se satisfacen con los logogrifos del decadentismo *gongórico* y las ingenuidades del decadentismo *azul*.

»Para ayudar a esa obra, proyecto yo la publicación de una serie de opúsculos literarios que llevarán el título genérico de *La Vida Nueva* y en los que coleccionaré algunos de mis estudios relacionados con la renovación literaria actual. El primer opúsculo de la serie, comprenderá *La Novela Nueva* (que creo que Vd. conoce), *El que vendrá*, que le remito juntamente con ésta.

»Si, como me lo hace suponer una referencia con que Vd. me honra, en uno de los últimos *Lunes del Imparcial*, se propone Vd. hablar alguna vez con más detenimiento de mis pobres escritos; o si acaso lo ha hecho ya, grande satisfacción será para mí transcribir su juicio al frente de mi primer folleto, como respetuosa muestra del mucho afecto y admiración que Vd. me merece y de la gratitud que a Vd. debo, así por su benevolencia para juzgarme como por lo que su obra ha influido en la educación de mi espíritu.

»Muy grato me es aprovechar esta oportunidad para reiterarle la expresión de mi respetuosa amistad y mis más afectuosos sentimientos». ⁴⁰

Es importante subrayar en dicha carta, aparte de otros pormenores, ⁴¹ la confirmación de la actitud antimodernista de Rodó. En este aspecto, Rodríguez Monegal, siguiendo a Etcheverry, comentaba: «Rodó se reconoce continuador de la disciplina crítica de Alas (aunque sin compartir su lado mordaz); propone como su maestro un acercamiento a las fuentes tradicionales, a la raíz hispánica; se aparta de todo decadentismo, azul o gongorino (aunque concibe otras formas maduras del modernismo)». ⁴²

Sin embargo, entre su manifestación y el contenido de la «Revista...», existía una escisión que el propio «Clarín», con su franqueza sin límites, le señalaría, al escribirle el 11 de agosto del mismo 1897, desde el puerto marincero de Candás:

«Muy estimado amigo y compañero:

»Lei su carta de 30 de junio con placer y profunda emoción. Estaba ya anhelando recibir de América cartas así, pues yo que soy muy poco patriótero me siento muy patriota... *intercontinental*. No por lo que tiene de halagüeño para mi persona (aunque mucho lo estimo y lo agradezco) sino por lo que Vd. dice del ánimo de esa juventud americana respecto de la *España de acá*, me entusiasmó su carta, me hizo pensar y sentir mucho, y aun esperar algo; y a ella contestaré largo y ten-

(40) Por el borrador del cuaderno D, documento 52, del citado Instituto y archivo. Los párrafos segundo, séptimo y octavo fueron publicados por ETCHEVERRY (cit., p. 284, núm. 12 y p. 286) y copiados por Rodríguez Monegal; *Correspondencia*, cit., pp. 1261-1262. Sobre la opinión de Rodó frente al modernismo, véase su comentario de la página 83.

(41) Tal que no debió de haber remitido la obra anunciada. Nos lo hace suponer su carta del 5 de setiembre siguiente, donde le habla en firme del envío. Cuando en la carta transcrita alude a que Alas conozca «La novela» se está refiriendo a la versión publicada en la «Revista...», el 25 de diciembre de 1896, núm. 45 a través de la cual tuvo que conocerla J. M. Barreto en mayo del 97 para que el lo Rodó pudiese escribirle sobre «El que vendrá» y «La novela nueva»: «este último ya conocido por usted y que ha merecido hace poco mención elogiosa de Leopoldo Alas (Clarín) en la *Saeta de Barcelona*». Se refería al ya citado artículo del 25 de febrero. El párrafo a Barreto lo tomamos del cuaderno D, citado, doc. 36.

(42) RODRÍGUEZ MONEGAL, E.: *Correspondencia*, cit., p. 1262.

dido en *Las Novedades* de Nueva York, encargando que envíen a Vd. el artículo. Ahora estoy de baños de mar y algo malucho (el pan nuestro de cada día) y por eso en esta carta no va nada de lo mucho que le quisiera decir.

»Mis elogios de la *Revista Nacional* eran espontáneos y sinceros. Y para que vea Vd. esta sinceridad le diré que recibí hace unos meses unos cuantos números que ya no me parecieron tan bien, pues vi con dolor en ellos demasiado *azul*, y excesiva intervención de esos señoritos que Vd. llama, con gracioso eufemismo, candorosos.

»Después vinieron estos números más serios y sentenciosos. Sigán Vd. así. Menos *sinsones* disfrazados de gorriones parisienses, y más crítica seria, de gusto y conciencia, como la de Vd. y la de Pérez Petit. En Vd. no encuentro más que un defecto, que nace de bondad. Habla Vd. demasiado bien de aquellos a quien elogia Vd. ya cuando habla de mí... y de otros.

»A Pérez Petit dígame de mi parte que le escribiré, que agradecí infinito sus artículos acerca de mis paliques, que son una defensa como yo pude soñarla en una noche de fiebre con sed... de justicia. De justicia, se entiende, para mi recta intención, para la legitimidad de mi procedimiento. No para mis propósitos, pues en este respecto Pérez Petit peca, respecto de Clarín, por lo mismo que Vd., por exceso de benevolencia. A propósito de Pérez Petit. Sin fijarme en la firma, lei un artículo suyo en que parecía otro: se trataba de elogiar a Gómez Carrillo y alabar con *enjouement* excesivo todo lo reciente de que Gómez Carrillo abusa, como yo lo digo en el prólogo del libro que Carrillo va a publicar. Pues bueno, en ese prólogo, sin saber de quien era, y creyendo ver en el autor un muchacho más entusiasta y generoso que prudente, aludo al artículo en tono algo desabrido para el autor. Le llamo... eso, muchacho, que no es ofensa; pero no, no puedo yo tolerarme tratar así al que al estudiar mis paliques, y en otros artículos suyos ha demostrado justamente calidades de madurez en el juicio, prudencia, templanza, debida parsimonia y penetración concienzuda. Doy todas estas explicaciones con el mayor gusto y

la mayor espontaneidad. Yo debía adivinar (aun sin fijarme en la firma, en que no reparé).

»Pérez Petit en el dichoso artículo... pudo confesarnos que era algo difícil, porque intuyo que parece otro. Otro, no menos bien intencionado y erudito, pero mucho más inexperto.— Desearía que Vds. y él lean *entre líneas* el prólogo de que trato. A Vds. principalmente aludo cuando espero que haya una parte de la juventud de la América española que muestre el generoso cosmopolitismo más que en el arte, que eso es donde ofrece menos peligros, en la religión, en la filosofía; en lo que se llama la ciencia. Si vale mi consejo, por ser de hombre si no viejo ya maduro, insistan ustedes en dar a gran parte de su periódico carácter *serio*, filosófico y científico, siguiendo con independencia, es claro, las corrientes *realmente* novísimas, de la Europa *de veras* culta, que tienen digno reflejo y ampliación en los Estados Unidos, tan calumniados por el gongorismo de acá.

»¡Cuánto quisiera yo tener a quien escribir cartas así en mi querida Cuba! Pero no conozco allí más que *azules*. Supongo que habrá algo mejor, casi lo afirmo, pero no lo conozco.

»Insisto en rogar a Pérez Petit que tenga ésta por suya, en verdad que me perdone lo de muchacho (sin nombrarle).⁽¹⁾ 43

»Algo parecido a Vds. no lo conozco en América. Sin embargo muy generosa tendencia me la manifestó *Chocano*, privadamente (del Perú).

»Gente *seria* me ha escrito también de Colombia, Ecuador,

(43) «(1).-que él era el aludido, lo vi en una nota de las pruebas, de letra de G. Carrillo». Sobre los aludidos artículos de Pérez Petit tanto sobre «Clarín» como sobre G. Carrillo, véanse nuestras notas: 19, 20, 21 y 22. El libro prologado por «Clarín» fue *Almas y Cerebros. Historias Sentimentales, Intimidades Parisienses, etc.* El párrafo en que alude a Pérez Petit dice: «Si quiere ver, mi buen amigo, en un reflejo fiel el peligro de su cosmopolitismo literario para la juventud a quien principalmente se dirige, lea la crítica que de sus obras... ha escrito poco ha un muchacho de Montevideo, me parece, en la excelente «Revista Nacional.» Con que entusiasmo repite el crítico los nombres desconocidos, pero sin duda resplandecientes, de rusos, griegos (¡ah, los griegos!), polacos, japoneses, etc., etc. que V. cita en sus libros. En el fondo de ese entusiasmo de *snob*, hay algo noble, generoso; pero ¿a qué ridículas profundidades de abdicación espiritual se va por ese despeñadero?» (p. XIV). El prólogo abarca las pp. VII a XXVII. El capítulo IX, pp. 103 y ss. dedicado a Alas es el correspondiente a nuestra nota 21.

& vgr. el ilustre M. Caro, y un señor Groot, algo machacón y carnicero, y aun atrasado, pero de juicio y conciencia. Con Vds. quiero continuar correspondencia, denme los dos noticias, juicios de cosas de ahí. De los *dos*, de todo corazón.»⁴⁴

Ciertamente que, como lamentaba «Clarín», la «Revista...» daba entonces una mejor receptividad —puesta de manifiesto por Etcheverry (Cit., cap. IV, y p. 286)— al modernismo, o, en expresión rododariniana, decandentismo azul, candoroso o rubendariniano; al que parecía vinculada. Por ello ante la censura paternal de Alas, Rodó fija claramente su posición y concepto respecto a las nuevas tendencias y al modernismo, cuando le escribe el 5 de setiembre de 1897:

»Querido maestro y amigo:

»Grande fue mi satisfacción al recibir su muy honrosa carta, y no menor el interés con que la leí, apreciando en todo lo que vale la corriente de benevolencia y afecto que por ella circula. Espero con verdadera ansiedad su prometida contestación, en *Las Novedades*, a la carta en que le expreso mi modo de sentir y pensar en lo referente a las relaciones de España y América los dos pedazos de la gran patria a que pertenecemos, y que sobre el quebrantamiento de su unidad política, debe conservar para siempre su unidad espiritual.

»Los redactores de la *Revista*, agradecemos en el alma sus palabras de aliento y tenemos muy en cuenta sus indicaciones. Aunque nuestra publicación no dejase otra señal de su paso que la de haber contribuido un poco a dar a conocer las aspiraciones y tendencias de la nueva generación americana y haber llevado su grano de arena a la grande obra de la unidad y fraternidad de los pueblos de habla española, satisfechos queda-

(44) Por el original en el archivo del citado Instituto... y que fue publicado en facsímil por la revista «Fuentes», Montevideo, agosto 1961, año I, núm. 1, pp 16 a 23, donde se transcribe íntegra, pp. 96 a 98. Hasta entonces sólo había publicado RODRÍGUEZ MONEGAL los párrafos segundo y tercero (Ob. Comp. cit., p. 1262). El luto de la orla de la carta se debe al de la muerte de la madre de «Clarín», el 29 de setiembre de 1896. Y el sobre va dirigido, como en las anteriores, a América. Uruguay/Sr. D. José Enrique Rodó/Redacción-Administración de la «Revista Nacional»/calle Treinta y tres, núm. 219 Montevideo.

ríamos del resultado y nos daríamos por bien retribuidos de nuestros esfuerzos.

»Como me propongo escribir a Vd. a menudo, y enviarle datos, noticias, libros y periódicos de por acá que puedan contribuir a que Vd. forme exacta idea de la *cultura* actual de nuestros pueblos, como Vd. desea, no trataré en esta carta de ninguno de los muchísimos puntos sobre que yo quisiera hablarle o consultarle en lo referente a nuestras cosas, ni de las impresiones y juicios de mi lectura de lo que lleva escrito Vd. sobre asuntos americanos, ni del modo de pensar que por aquí priva respecto de las personalidades, obras, tendencias, etc. etc. de la actual literatura española. Todo esto puede dar tema para muchas cartas, que escribiré, Dios mediante, acompañándolas con los oportunos *comprobantes* de mis informaciones y juicios.

»Hoy me limito a insistir en lo meritísimo de la obra que, con sólo ocuparse en nuestras cosas y comentarlas con imparcial y desapasionado criterio (sea para censurar o para aplaudir) realizan los escritores españoles.

»Más de medio siglo nos hemos llevado, españoles y americanos, representando en nuestras relaciones algo parecido a *El desdén con el desdén*.

»Aquí, la fuerza de inercia de los rencores de la lucha, por una parte, y por otra el afán explicable de comunicarnos con la cultura de los pueblos que más fieles representantes son del espíritu del siglo, mantuvieron después de la independencia, cierto olvido, cierto desvío, respecto de la que ahora llamamos ya cariñosamente la Madre Patria. Hoy, que nuevas generaciones han ocupado el escenario, nadie, o casi nadie, se acuerda de los odios pasajeros de aquella lucha; y el sentimiento de la raza, la conciencia de su unidad, se fortificarán y depurarán más cada día. ¡Cuánto contribuyen a ello los que, en una u otra manifestación del pensamiento representan una *fuerza* realmente moderna en la vida de la España actual! Liberalizar a España, hacer que con originalidad y energía intervenga en el concierto de la cultura europea contemporánea, equivale a

hacerla *más nuestra*. Y yo creo que es en el arte, en la literatura, en donde más eficazmente se puede trabajar para estrechar los lazos de nuestra grande y definitiva reconciliación.

»La belleza resplandeciente de la palabra de Emilio Castelar (aquí popularísimo), su virtud arrebatadora, es lo que más eficazmente ha contribuído a reconciliar, a aproximar a España y América, desde nuestra emancipación política. Todas las sucursales de la Academia Española, no han valido, para mantener y avivar el amor de América a España, lo que un párrafo de un discurso de Castelar. Si se buscase una personificación de la unidad espiritual de la raza española de ambos mundos en el siglo XIX, en Castelar habría que señalarla.

»Yo creo que para su gloria no será el menor de los títulos, lo que él ha hecho por su España en esta América donde tanto se le admira.

»Don Juan Valera, con las deliciosas *Cartas Americanas*, Menéndez y Pelayo con sus investigaciones y estudios de nuestras cosas, han hecho mucho también.

»Usted, que tanto y tan merecido prestigio tiene así en España como en América, creo yo que debe influir para que los nuevos escritores de España tengan presentes a estos pueblos que son un auditorio tan *suyo*, como España misma; para que nos atiendan y nos juzguen, lo que se pide no son optimismos ni lisonjas. Nuestros pueblos de América van ya dejando de ser niños, y deben habituarse a que se les hable con sinceridad. Se pide buena voluntad, interés por conocernos y estudiarnos y cierta benevolencia para apreciar el *mérito del esfuerzo*, que yo veo que es mucho en los adelantos de nuestra cultura, a pesar de las inevitables deficiencias.

* * *

»Con esta carta recibirá Vd. un ejemplar del primer opúsculo de *La Vida Nueva*, colección de folletos literarios que me propongo publicar.

»Si no desconfiase de mis fuerzas para tal empresa, diría que el plan de esa colección se basa en el anhelo de *encauzar* al modernismo americano dentro de tendencias ajenas a las perversas del decadentismo *Azul...* o candoroso según Vd. y yo hemos convenido en llamarle, valiéndonos, como Vd. dice de un eufemismo.

»Van en ese opúsculo *La Novela nueva y El que vendrá*. Ambos trabajos han circulado ya por América, en las páginas de la Revista. Publicados de nuevo, sólo me anima el que acaso algo puedan hacer en el sentido arriba indicado.

»*El que vendrá* me lo han alabado por aquí, atribuyéndole méritos de forma, de estilo y algún sentimiento. *La Novela nueva* (en la que creo que hay más sustancia) ha encontrado también gran aceptación, y yo lo aprecio más. Pero no me fío mucho de estos juicios cariñosos del terruño. Le digo con toda sinceridad que si se me ocurriese ahora releer el folleto tal vez no se lo enviaría.

Va a Vd. muy necesitado de benevolencia. Que la encuentre en el juicio de Vd. es lo que desea su aff., y agradecido amigo que le admira y respeta». ⁴⁵

Para el ejemplar que le anunciaba, Rodó había dispuesto desde tiempo atrás esta dedicatoria: «Al maestro «Clarín», en prueba de admiración, afecto y gratitud». ⁴⁶ No obstante la súplica, Alas no debió de ocuparse, en esta ocasión, del opúsculo, pero, cuantos periódicos dieron en el Uruguay noticia de

(45) Por el borrador original en el cuaderno E, doc. 31, fols. 32 a 35; en dicho Instituto. EICHEVERRY, cit., núm. 12 y p. 286, reproduce los párrafos segundo y los dos anteriores al antepenúltimo con los que hace uno sólo. De él lo copia Rodríguez Moncal: *Correspondencia...* cit., p. 1262, y los comenta en relación con «Clarín» en la página 84. Últimamente reprodujo íntegra la carta la revista «Fuentes», citada, pp. 67 a 69. Es interesante anotar que la guarda de la tapa del citado cuaderno E, está llena de rótulos a imprentilla con estas letras: «Eopoldo al S», en las que vemos aludido a «Clarín», y nos revelan, grafológicamente, la admiración de Rodó por su maestro.

(46) En el cuaderno D, doc. 35; con data «Montevideo, abril 30 de 1897», en que debió de comenzar a preparar el envío del opúsculo. Publicado mucho después, aparece esta otra, en la que falta lo de «gratitud», y debió de ser la escrita: «Al maestro «Clarín», testimonio de admiración y afecto». Véase sobre dicho folleto a Rodríguez Moncal: *Obras Completas*, cit. pp. 141-145, y las referencias que facilita en las pp. 1443 y ss.

su aparición aludían a los elogios que anteriormente dedicara a Rodó.⁴⁷ Ni tampoco parece acusó recibo de la obra, por carta. El que sí lo hizo, desde Oviedo, fue Rafael Altamira, confirmando el juicio que «Clarín» le había dado sobre el autor.⁴⁸

La carencia del epistolario entre «Clarín» y Rodó, a partir de este momento y hasta 1900 en que se publica «Ariel», hizo sospechar ruptura de relaciones entre ambos críticos. Rodríguez Monegal la atribuye a que «Clarín» se sintió molesto ante la tendencia de Rodó a dejarse ganar por el modernismo sensual literario de Rubén Darío en «Prosas Profanas»; que habría de prologar. Parece abonar esta opinión, el que cuando Alas le escribe de nuevo después de haber leído «Ariel»; que ejemplifica ese modernismo que Rodó pugnaba por encauzar desde 1897, en que se rompe su relación epistolar conocida, con «Clarín».⁴⁹

Sin despreciar tal juicio, no podemos compartirlo sin reservas tratándose de un espíritu definido, precisamente, por la tolerancia; como lo era el de «Clarín», y de la que acababa de dar un gran ejemplo prologando nada menos que a Gómez Carrillo. De admitir, y ser cierto el corte epistolar, aún creeríamos que suspendida en ese año la «Revista...», adonde le venía escribiendo, fuese el motivo el desconocimiento de la nueva dirección, y aun resultaría más probable llenar esa laguna con causas tan idóneas como la dedicación de Rodó, a partir de 1898, a la política militante;⁵⁰ o simplemente dar por perdidas o desconocidas sus cartas. Parece ser ello lo más certero, por cuanto Alas le escribe el 8 de abril de 1900, pare-

(47) Por ejemplo: «San José de Mayo», 10 de octubre; «La Campaña», Rio Negro, 20 de octubre; «La Tribuna Popular», Montevideo, 13 de noviembre de 1897.

(48) Carta fechada en Oviedo el 2 de noviembre y publicada en *De Rafael Altamira*. «Revista Nacional...», 25 de noviembre de 1897, núm. 60, p. 179. Reproducida parcialmente, comenzando en el párrafo alusivo a «Clarín», en la edición motevideana de «Obras Completas» de Rodó, tomo II, p. 48, y por entero en RODRÍGUEZ MONEGAL: *Correspondencia...* cit., p. 1285.

(49) RODRÍGUEZ MONEGAL, E.: *Correspondencia*, cit., pp. 1262 v 1263. La evolución modernista de Rodó la trata en las pp. 85 y 86.

(50) El propio Rodríguez Monegal afirma (ob. cit., Introducción, p. 28) que Rodó participó en la agitación política de agosto-setiembre de 1897 y se incorporó a ella pasando a segundo plano su labor literaria. Sospechamos que además abandonó también su correspondencia, por él tan atendida, mientras preparaba «Ariel».

ce indicar que era Rodó el que estaba en deuda y alejado. Veámoslo:

«Muy estimado amigo:

»Mucho placer me causó volver a recibir carta de Vd. Pensaba en Vd. muy a menudo. Es Vd. de las personas con cuyo espíritu más simpatiza el mío, y el género de sus escritos, que creo apreciar bien, el que yo prefiero.

»No le he contestado antes porque esperaba a poder enviarle algo de lo que escribiera yo acerca de su *Ariel*. Ahí va lo escrito en *El Imparcial*, que es, como Vd. sabe, el primer periódico de España. En otras varias partes escribiré y le enviaré algo de ello. Además, recomiendo su libro a otros de los que saben apreciarle, como Unamuno y Altamira, a los cuales debe Vd. enviárselo.

»*Ariel* me gusta muchísimo, como Vd. verá por ese artículo. Es oportunísimo ahora y parece que va algo de veras eso de estrechar relaciones entre España y América. —No he hablado de esto más porque había muchísimo que decir y tengo mucha prisa y poca salud.

»Es claro que deseo vivamente mantener con Vd. correspondencia no interrumpida. Hábleme Vd. mucho de sí mismo y de América, que yo conozco poco por falta de tiempo y de fuentes.

»Le veo a Vd. en una tendencia filosófica que me gusta mucho. Si no lo conoce bien, le recomiendo el movimiento filosófico francés que representan Boutroux, La Chelier & & y sobre todo a Bergson, difícil de penetrar, pero muy sugestivo y a mi ver bien encaminado. Si puede, adquiera la colección de la *Revue du morale et méthaphysique*, que orienta muy bien en estas cosas. Es claro que yo no sé si le hablé de lo que ya le es familiar; pero aquí ¿querrá Vd. creer que cuando fui hace dos años a Madrid, a dar unas conferencias en el Ateneo sobre «La novísima filosofía religiosa», nadie, absolutamente nadie conocía el Movimiento Francés, alemán, inglés & a que yo me tenía que referir?

»Veo que es Vd. catedrático de Literatura. Mucho me alegro. Yo lo soy de Derecho Natural —filosofía del derecho—, y mi cátedra es mis amores. Allí, a cuatro paredes, les digo lo mejor de mi alma, lo que es vivir más vida, de fijo.

»Escribo muchos artículos breves para los periódicos, porque hay que ganar algún dinero. Con ello procuro hacer, burla burlando, propaganda de ideas y sentimientos que tengo por saludables.

»Escribame pronto y yo le contestaré en seguida. Quiero que lleguemos a ser amigos íntimos.

»En todas las cartas, dígame las señas con que debo escribirle.

»Su muy leal amigo y compañero que de veras le quiere». ⁵¹

Con este nuevo asesoramiento, «Clarín» abocaba a Rodó al indiscutible conocimiento de Bergson, cuya influencia en «Motivos de Proteo» (1909) viene siendo tan debatida y nos parece evidente. ⁵²

A partir de esta carta, su compenetración y amistad se hizo todavía más sólida e íntima. Lo confirma el simple hecho de que Alas, después de crítica como la de «Ariel», correspondiese además con el autor por carta, en época en que «estaba muy quebrantado de salud y apenas escribía artículo, cuento o carta privada, ni a los amigos más íntimos» (Gramberg, cit. p. 30, n. 23). Y es que existía entre ambos una auténtica compenetración espiritual, aunque «Clarín» deja entrever que la hacía más grata el hecho de que Rodó fuese también catedrático. Ignoraba que el paso de éste por el profesorado de Literatura

(51) Original sobre papel con filigrana «Original/Duduar-Mill», inédito en el citado Instituto... y aludido por Rodríguez Monegal con fecha equivocada en dos días.

(52) Sobre el bergsonianismo de Rodó, consúltese a Carlos Real de Azúa: «Prólogo» a «Motivos de Proteo», tomo I. Montevideo, 1957, pp. LX y ss. y en la afirmativa a Arturo Ardao: *La Filosofía en el Uruguay en el Siglo XX*. México, 1956, p. 32. Todo el concepto «tiempo» que vive en «Motivos» es pura manifestación de la influencia de Bergson en Rodó.

de la Universidad uruguaya, sería tan accidental y efímero que no pasaría del año siguiente; pues no había en Rodó ni la vocación ni el hondo concepto que de la misión pedagógica tenía el maestro ovetense.⁵³

Cumpliendo con el deseo de «Clarín», Rodó le remite a Altamira su «Ariel» y al responder, el 29 de junio, a la carta en que éste le reconocía la obra, Rodó hace llegar a «Clarín», en forma de saludo, su gratitud, y la promesa de «una carta larga en que pueda decirle algo más que fórmulas de agradecimiento». Se desconoce todavía si Rodó llegó a «escribirle uno de estos días», y aunque es de suponer que sí, no puede dudarse de su satisfacción por la crítica de Alas.

La muerte de «Clarín», justamente al cabo de un año, junio de 1901, vino a interrumpir definitivamente el epistolario;⁵⁴ pero no el recuerdo y admiración que por él sentía Rodó.

La crítica de «Ariel»

En cuanto «Clarín» lee «Ariel», siente aún más íntima la filiación del pensamiento de Rodó con el suyo, por ello no es de extrañar que recomendase su lectura a cuantos encontraba a su paso: como a Altamira y a Adolfo Posada; o a cuantos tuvo necesidad de escribir: como a Unamuno. Ya aludimos a las conversaciones de Alas con Altamira acerca de Rodó, y de las sostenidas con Posada, fue éste quien se las recordó al crítico uruguayo: «Con *Ariel* cerca, y, en la memoria, las conversaciones que cuando... se publicó manteníamos por las calles y paseos de *Vetusta* (en la geografía Oviedo) Leopoldo Alas y yo». Y siempre que releía la obra, traía para don Adolfo «recuerdos

(53) RODRÍGUEZ MONEGAL, E.: *Introducción* a «Obras Completas» cit., p. 29. Sobre «Clarín» catedrático, véanse las obras citadas de nuestros amigos: J. A. CABEZAS, M. GÓMEZ SANTOS y A. BARCIA TRELLES.

(54) RODRÍGUEZ MONEGAL, E.: *Correspondencia*... cit., pp. 1263 y 1288. Dio noticia y detalles de la muerte y entierro de «Clarín», en Montevideo, «El Siglo», 15 y 16 de junio de 1901.

queridísimos de días dichosos, inolvidables de aquella amistad paternal o filial con Leopoldo Alas». ⁵⁵

Esas recomendaciones de «Clarín», serían públicas y terminantes para «todos», cuando el 23 de abril deja salir de su pluma, «con el mayor entusiasmo», en el «Lunes», de «El Imparcial», los adjetivos más definidos y elocuentes que haya escrito en una simple nota bibliográfica. En ella penetra de un aletazo caudal el hondo problema del hispanoamericanismo, de tal manera, que en el decir de Augusto Barcia Trelles no se ha escrito todavía nada «que supere, ni aun iguale, a lo explicado y comentado con tal motivo por «Clarín». Y es que la obra de Alas, en tal sentido, fue «tan extraordinaria y tan excepcional que no ya en España y en Europa, sino principalmente en este Continente de América...», es acaso una de las que dejaron mayor huella y contribuyeron más a establecer, en determinados momentos, relaciones intelectuales de índole literaria que, a veces tuvieron hasta trascendencia de carácter político». ⁵⁶

No es de extrañar ese entusiasmo de Alas, porque como él Rodó buscaba con su obra la exaltación del ideal frente al utilitarismo, y una tendencia original de reacción hacia lo español. Desde este punto, Alas le presenta entroncado con la más pura tradición hispánica y le opone, con gran habilidad, al grupo de decadentes y modernistas, como ejemplo de equilibrio entre la conservación del pasado, el conocimiento del presente y enamorado del porvenir. Además de esta visión, la crítica se centra sobre la influencia norteamericana en la América latina, y busca el simbolismo de la obra en Renán. Puntos de vista que le fueron censurados por el propio Rodó, que se dolía del criterio unilateral con que muchos críticos —no cita a «Clarín»— redujeron el alcance de su libro; y entre otros por

(55) Cartas de Adolfo G. Posada, originales e inéditas, a José E. Rodó, archivadas en el citado Instituto... Corresponden al 31 de agosto de 1909 y 3 de enero de 1910. Fruto de la amistad de Alas con Posada fue el libro de éste: *Leopoldo Alas «Clarín»*, Oviedo, 1946. Y de su relación con Rodó, su otro libro: *Para América desde España*, París, 1910, páginas 313 y ss.

(56) BARCIA TRELLES, A.: Conferencia citada, pp. 9 y 5.

Rodríguez Monegal que hace hincapié en que su simbología hay que buscarla en Groussac; ni en Renan, ni en Shakespeare.⁵⁷

En la forma en que Rodó desenvuelve su pensamiento, «Clarín» señala, con orgullo de maestro, coincidencias con el suyo: el aparejamiento rodoniano de lo clásico, lo helénico, con lo cristiano, es reflejo del «Apolo en Pafos», de «Clarín»; y la interpretación que aquél hace del valor de los más frente a la minoría, coincide en varias ideas con las expuestas por Alas en su «Introducción» a la versión española de «Los Héroe», de Carlyle; pese a Rodríguez Monegal, quien afirma que Rodó no pudo conocer dicho libro.⁵⁸

No es, pues, de extrañar que dada tal influencia, «Clarín» se sintiese cautivado por «Ariel», y recomendase efusivamente su lectura, calificando al autor de crítico notable, armonioso, sereno, profundo, justo, sincero, valiente, decidido, equilibrado, leal, admirable, a fuerza de imparcial, entusiasta, perspicaz, elocuente y original.

Fue precisamente su «asombrosa originalidad», reconocida públicamente por la pluma de «Clarín», la que provocó el enojo de Unamuno, aunque para otros, como Posada, fuese un elogio muy sincero. Andaba desde hacía tiempo aquel gran Don Miguel, maestro en cocotología, ansioso de lograr un artículo de Alas, sobre su obra. Necesitaba consolidar con él la fama que iba logrando en el extranjero, y creyó llegada la ocasión de que «Clarín» señalase los valores de su obra, cuando publica «Tres Ensayos». Y, en efecto, se ocupa de ella en uno de los «Lunes»; pero, metiéndole bajo el poncho la cuchillada de que «no cita a nadie; todo lo dice como si aquellas novedades, que lo serán para muchos, se le hubieran ocurrido a él solo, o como si no supiera él que ya han sostenido cosas parecidas otros». Que «Clarín» le negase originalidad después de

(57) RODRÍGUEZ MONEGAL, E.: Prólogo a *Ariel*, en *Obras Completas*, cit., pp. 194 y 195. Vid.: LAUXAR: Ob. cit., pp. 138 y 139.

(58) RODRÍGUEZ MONEGAL, E.: *Correspondencia...* p. 1263. Desconocemos en qué basa tal afirmación; pero, sin duda que en tomar por primera versión española de TOMÁS CARLYLE, la publicada hacia 1900 con dos prólogos de «Clarín», uno en cada tomo, desconociendo que la primera edición con «Introducción» de ALAS y prólogo de CASTELAR, apareció en Madrid, en 1893, siete años antes que «Ariel».

habérsela reconocido «asombrosa» a Rodó, provoca la ira de Unamuno, quien escribe a Alas, desde Salamanca, el 9 de mayo de aquel año de 1900, sobre sus críticas, y qué constituye la originalidad, refutándole la que él creía en Rodó al explicar el ocio clásico: «Porque usted, que estudia y lee, habrá visto esa doctrina del *ocio* clásico, no en éste o aquél, sino en cien sitios. Y siento meter aquí a persona tan discreta (lo subrayo), tan simpática, tan modesta, tan noble, como el americano Rodó. Me envió su *Ariel*, con una carta, el *Ariel* que en carta me recomendaba usted como libro «muy sano» y que lo es. «Hable usted de él», me decía usted, y hablaré, pero francamente, he necesitado su recomendación de usted para concluirlo. Porque es sano, es cierto, es simpático, ¡pero he leído tantas veces todo eso en autores franceses!».⁵⁹ El propio Unamuno temiendo la reacción de «Clarín» ante su intemperancia, ante la carta llena de celos y de nerviosa insatisfacción que le había escrito, vuelve a tomar la pluma al día siguiente para mitigar aquel arranque tan suyo, y que tanto deja empleado.⁶⁰ Más injusta y apasionada, cuando hacía cuatro días, al aparecer el artículo de «Clarín», que le había escrito a Rodó con simpatía y elogio hacia «Ariel», con apenas algunas reservas que cada vez fue convirtiendo, en cartas y en críticas sucesivas, en mayor admiración y encomio.⁶¹

Pese a la opinión de Unamuno al juzgar la obra una honda traducción al castellano de lo que el alma francesa tiene de ateniense y de más elevado, el espaldarazo literario de «Clarín» le sirvió a Rodó para armarse caballero de las Letras, y sentirse seguro y satisfecho de su obra y de sí mismo. El, al igual que Unamuno, los Quintero y tantos otros, no creían de verdad en los aplausos que les dispensaban hasta que aquel los reconocía.⁶²

(59) UNAMUNO: *Epistolario a «Clarín»*. Madrid, 1943, pp. 91 a 93.

(60) RODRÍGUEZ MONEGAL, E.: *Correspondencia...* cit., p. 1303. Ya hemos subrayado a propósito de otro autor, cómo la pasión entelaba el juicio de Unamuno (PÉREZ DE CASTRO: «Jesús Ochoa, biografía a Juan Ochoa», en «Asturias», Madrid, enero-febrero de 1956, página 22).

(61) Véase la «Noticia Previa», a «Fuentes», órgano del Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos literarios, cit., p. 60, nota 3.

(62) PRIETO BANCES, R.: *El Mensaje de la Cruz de los Angeles*. Oviedo, 1956, p. 10.

Introduccion y defensor de Rodó

Leopoldo Alas los reconoció en el caso de Rodó. Su juicio en el cual «se contenían apreciaciones fundadísimas y elogios que hubieran enorgullecido al ambicioso más exigente», era «toda una consagración. Rodó mismo —escribe Pérez Petit— por más que tuviera conciencia de la obra que había escrito, estaba como alelado. Leía y releía la crítica del autor de «Mezclilla», me la daba a leer a mi vez, y me interrogaba afanosamente:

»—¿Usted cree que es sincero? ¿Aplauda mi libro *en si*, o por lo que dice de Norte América?

»—Usted no conoce entonces a «Clarín» —hube de responderle—; «Clarín» sería capaz de «reventarse» a sí mismo si algun día, relejendo sus escritos viejos, se pillara en falta.

»—¿No es verdad? —argüía entonces Rodó, iluminado todo el semblante por la satisfacción. Y en seguida, con su gran candidez de niño grande: —No sé si atreverme a imprimir una segunda edición de *Ariel*. ¿Quién sabe si hay plaza para tantos ejemplares?

»—Hágala —le contesté—, y dela como prólogo ese juicio de *Clarín*». ⁶³

Y en efecto, Rodó siguió el consejo de Pérez Petit. En la primera quincena de setiembre se imprimía, a los siete meses de la primera, y en la misma imprenta, una segunda edición de «Ariel» con el artículo de «Clarín» a manera de introducción. Y desde entonces hasta hoy no ha dejado de ser, fragmentaria o totalmente, reproducido. Nos atreveríamos a afirmar que fue su artículo más leído y publicado. Ya antes de ser colocado como prólogo, en cuanto se tiene noticia de él en América, fue glosado por la prensa, ⁶⁴ y a partir de esa segunda edición son

(63) PÉREZ PETIT, V.: *Rodó...*, pp. 225 y 227.

(64) Entre los periódicos que lo reproducen o comentan, conocemos: «El Siglo», Montevideo, 28 de mayo, y a través de referencias del Dr. Alberto A. Márquez, el 1 de octubre; «La Voz del Pueblo», Minas (Uruguay), 31 de mayo; «La Tribuna Popular», Montevideo, 22 de mayo; «El Tiempo», Lima, 20 de octubre de 1900.

pocas las que aparecen sin la crítica de «Clarín». Con ella conocemos la valenciana de 1908, la madrileña del 19, la montevideana del 20, las tres de «Prometeo» (fruto del «oleaje editorial» con que desde Valencia europeizaban y hasta americanizaban a su modo), otra uruguaya del 43, y las porteñas de 1947 y 48, entre otras.⁶⁵ Precisamente por esta reiteración, cuando los impresores uruguayos «Colombino Hermanos», lanzan su edición de lujo de «Ariel», la hacen sin el prólogo de «Clarín» como algo novedoso.

Aparte de tales ediciones, siempre que Rodó hacía gemir, por algún motivo, la prensa de Hispanoamérica, aparece «Clarín» junto a su nombre. La muerte en Palermo del escritor uruguayo, el 1 de mayo de 1917, trajo de nuevo su figura al primer plano de la actualidad; con ella, los periódicos glosan, una vez más, el artículo de «Clarín» como el mejor elogio fúnebre a la memoria del prócer.⁶⁶ El traslado de sus restos mortales, tres años más tarde, vuelve a constituir oportunidad para reproducirlo.⁶⁷ Con este motivo un político uruguayo eminentemente popular, D. José Batlle y Ordóñez, de cuyo partido Rodó se había ausentado estrepitosamente grangeándose su enemistad, afirmaba en su periódico, «El Día», que ni Rodó pasaba de revistero, ni «Ariel» de ser una diatriba contra los Estados Unidos, cuya grandeza no comprendía el autor, carente de estilo y de pensamiento. Frente a tal aseveración, fruto de los odios políticos, otro sector de la prensa uruguaya, oponía, el juicio de «Clarín», como de suprema autoridad.⁶⁸

(65) Véase la ficha completa de dichas ediciones en A. SCARONE: *Bibliografía de Rodó*. Montevideo, 1930, tomo I, refs. 2, 7, 10, 11 y 14 y tomo II, ref. 236. Reproduce la portada de las ediciones valencianas, en la cual figura el nombre de «Clarín», en el tomo I, pp. 24 y 25, y 44 y 45. Las ediciones que no se incluyen aquí, corresponden a las editoriales Biblioteca Rodó, 1943; y de las de Buenos Aires, a Sopena la de 1947; y Espasa (Colección Austral, núm. 866) la de 1948. Por ser demasiado conocido, se prescindió ya del juicio de «Clarín» entre los emitidos sobre «Ariel» y publicados en la edición oficial montevideana de sus «Obras Completas». Aparte de como prólogo, se reprodujo de nuevo en «Ariel» y cuatro estudios críticos». Buenos Aires, 1947.

(66) Entre otros: «El Siglo», Montevideo, 4 de mayo; y «El Paysandu», 7 de mayo de 1917.

(67) En «Los Principios», San José (Uruguay), 28 de febrero de 1920. Y en la antología «Rodó y sus críticos», París, 1920, pp. 39 y ss.

(68) *Contra Rodó. Don José Batlle y Ordóñez, le niega estilo. Fulmina a «Ariel». El juicio de «Clarín»*. En «El País», Montevideo, 23 de febrero de 1920. Este mismo diario publicó el 7 de enero el juicio de «Clarín» sobre «Marianela» de Galdós.

Todavía hoy, siempre que de Rodó se habla, «Clarín» va unido a su nombre. La importancia de su crítica en la fama de Rodó, y lo excepcional de su obra para el continente americano, fue apreciada en Montevideo de modo oficial, dedicándole el Concejo Departamental una calle de la ciudad: La que desde *Cirene* (en las proximidades de *20 de Febrero*) corre paralela a *ex Lindoro Forteza* y desemboca en la de *Tripoli*.⁶⁹ Calle de tal modestia urbana, que la ignoran la mayoría de los montevideanos, y llega a tal punto su falta de «vanidad geográfica» —diría «Clarín»— que no figura ni en la guía telefónica, ni en los nomencladores de turismo. No obstante el honor de Montevideo corresponde a la grandeza y universalidad de «Clarín», pero el rótulo de la calle no concuerda con la proyección histórica que la produjo. Si en Oviedo puede rotulársela de «Leopoldo Alas», en memoria de quien dio rango internacional a su Universidad, por la originalidad docente de su catedral, provocando con la unción de su palabra un renacer de vocaciones, y con los exámenes un cernedero de talentos; la calle de Montevideo, a diferencia de aquélla, debiera de ser rotulada de «Clarín» en recuerdo de su otra personalidad: de la que ejerció la misma misión pero a través de la crítica, del maestro de unos jóvenes uruguayos, del amigo, del crítico, del introductor y hasta del defensor de Rodó. Del embajador cultural de España en América.

Lo «clariniano» en Rodó y en Pérez Petit

No existe duda, y hay elementos sobrados, para rastrear y demostrar la filiación clariniana, tanto en Rodó como en Pérez Petit, en los comienzos de su carrera literaria. No se han fijado, sin embargo, con exactitud los puntos de contacto ideológico de los discípulos con el maestro, y aunque ello es tema al que dedicaremos un trabajo especial, adelantaremos aquí algunos aspectos.

(69) «EUREKA»: *Guía de Montevideo y sus alrededores*. Montevideo, s/a. Plano 21: B-4. Se incluye también en el callejero del Prof. Carlos A. Castellanos.

Mientras se publica la «Revista Nacional...», y singularmente a partir del elogio que «Clarín» le dedica en «La Saeta», su magisterio está presente en la orientación de aquélla mediante las censuras y consejos con que va enderezando su rumbo en el epistolario a Rodó. Al punto que Etcheverry (cit., n. 33) recurre a las opiniones de Alas para conocer la evolución cierta de la «Revista», respecto al modernismo.

Rodó trata siempre a «Clarín» como «maestro», y preceptor en su formación, en su espíritu y hasta en su vocación. Y le cita, además de como tal, como al crítico que «más íntimamente conozco y más benévolamente me ha estimulado».⁷⁰ En la etapa de su formación inicial como crítico, precisamente la que dura la publicación de la «Revista...» (1895-97), comparte «con entusiasmo», «casi todo el ideario» de «Clarín»; pero, «sin el mordicante de la sátira policíaca».⁷¹ Ya en sus artículos sobre él deja entrever también su propia tendencia en crítica literaria, a dar preponderancia a los principios estéticos que alientan en la mayoría de sus juicios. Y tiene, como «Clarín», la fe y conciencia de la importancia magisterial que realiza. En sus «Notas sobre crítica», que constituyen el decálogo del oficio, dedicados a manifestar, con «Clarín», la capacidad humana del crítico y la necesidad y dificultad de expresar hasta el reflejo de las sensaciones más íntimas provocadas por la obra.⁷²

José Pedro Segundo señaló también en Rodó, «la elocución nerviosa y manifiesta, siempre lógica y razonable, como de docente en su cátedra (menos la acerbidad del varapalo indignado, ni la enunciación periodística de nítidos y claros escolios) del viril justiciero don Leoldo Alas», y la «confrontación del doble pesimismo de «Figaro» y de «Clarín», en la apreciación de las condiciones ambientales de la España desalentada y declinante ofrecida por las adversidades del destino

(70) Carta a Unamuno, el 20 de marzo de 1900 (Rodríguez Monegal: *Obras Completas* citadas, p. 201 ó p. 1300).

(71) SEGUNDO, J. P.: ob. cit., p. XXXVII, y RODRÍGUEZ MONEGAL, ob. cit., p. 116.

(72) RODRÍGUEZ MONEGAL, E.: *Introducción*, Ob. cit., pp. 118 y 119.

contra la pasión por la patria y la cultura, de tan honda raigambre en el corazón de cada cual». ⁷³

Además de dichos elementos existen en Rodó otros de filiación netamente clariniana: como su concepto de la tolerancia, su aspiración de cosas nuevas y singularmente la conjunción de la crítica ejercida con fin a lo que Monegal llamó en el maestro uruguayo la «milicia americanista». ⁷⁴ El epistolario entre ambos críticos, es la documentación más veraz de cuán hondamente sentían y cuánto les acercó ese problema común; del que Rodó expresa el pensamiento de «Clarín» en algunas partes de «Ariel».

Todavía identificaríamos en Rodó, como de procedencia por «Clarín», algunas notas más de las que en la segunda etapa de sus tres periodos criticistas, se han atribuido a influencia directa de Taine y de Saint Beuve. ⁷⁵ Pues sin negar estas que son indudables, tampoco se puede despreciar aquélla. No se olvide que en «Clarín», hasta el título de sus críticas se considera un remedo de las «Causeries du lundi».

Rodó se aparta, sin embargo, de la prédica de «Clarín», en no practicar la crítica militante, que es lo que más caracteriza al maestro. Y en esto, es, precisamente, en lo que más le imita Pérez Petit. Ya Zum Felde señaló que «si bien en los artículos de Rodó, se nota más fondo y solidez así en la erudición como en el criterio, los de Pérez Petit tienen un interés más vivo y, sin duda, mayor actualidad, por cuanto reflejan mayormente el movimiento moderno, a través de obras y autores aún desconocidos en el ambiente». ⁷⁶ Pero, aún más que en esto todavía le imitó en su función de crítico higienista.

No olvidemos que Pérez Petit, nació al periodismo —según confesión propia— ejerciéndolo «un poco a lo «Clarín», arremetiendo duramente contra todos los que consideraba malos

(73) SEGUNDO, J. P.: Ob. cit., pp. LII y LXIX.

(74) RODRÍGUEZ MONEGAL, F.: Obs. Compls. cit., pp. 117, 118 y 122. BARCIA TRELLES, A.: Conferencia cit., p. 13.

(75) SEGUNDO, J. P.: Obs. Compls. cit., pp. XXVII y ss. ZUM FELDE, A.: *Índice Crítico de la Literatura Hispanoamericana. La Ensayística*. México, 1954, pp. 303 y 304.

(77) ZUM FELDE, A.: *Crítica...* cit., p. 41.

escritores»;⁷⁷ sin dejar por ello de ocuparse también de los excelsos. Y se parece más que Rodó a «Clarín», en que lo realizaba «con todo fervor, convencido de que ejercía un grave ministerio y contribuía con ello a la cultura general del público». Sagrada misión en la que radica su identidad más fiel; porque, como el maestro, demostró un elevado valor moral e intelectual para vencer las dificultades que entorpecían su labor. O, como dijo de él Ferreira, ya en 1898, «indiferencia profunda para afrontar los odios y las burlas sangrientas de la gente del oficio, acostumbrada hasta entonces al halago incondicional, y reacia, como las criaturas mimadas lo son al castigo, a la verdad amarga y a la opinión sensata y desnuda».⁷⁸ Aquello que Pérez Petit reconocía como heroico en «Clarín», a propósito de sus «paliques».

Pérez Petit siguió también la huella de Leopoldo Alas, en el detalle de la forma, en el procedimiento, y en el contenido; hasta el comienzo de sus campañas modernistas. El entusiasmo y la sagacidad con que redactó aquellos artículos de la «Revista Nacional» sobre «Clarín», son la prueba más patente de su identidad con el maestro; mal que le pese a Ferreira, cuando escribe acerca de Pérez Petit: «Los que creen conocer su temperamento y su manera de criticar, y le señalan una semejanza completa con Leopoldo Alas, llegando a decir que trata de imitarlo hasta en sus violencias, hasta en sus arrebatos constantes de mal humor, que se manifiestan en palabras breves y acres y en explosiones de estrepitosa indignación, se equivocan por completo. Y se equivocan así, ligeramente, porque desconocen la obra que ha emprendido... Ella sola basta para poner de relieve la fisonomía intelectual del crítico, con sus gustos y tendencias para juzgar lo bello, y el afán bien manifiesto y logrado en la mayoría de los casos, de aproximarse a Taine..., antes que a otros maestros».⁷⁹

(77) Id.: *Proceso Intelectual del Uruguay y Crítica de su Literatura*. Montevideo, 1941, p. 420.

(78) FERREIRA, E.: *Bocetos Montevideanos*. En «Revista Nacional de Literatura, Arte, Ciencia», Montevideo, 1945, enero, núm. 85, p. 95. Número dedicado a Pérez Petit.

(79) FERREIRA, E.: *Ibid.*, p. 94.

Pero resulta que es el propio Ferreira el que parece desconocer no ya a «Clarín», sino al propio crítico uruguayo. Porque ni Pérez Petit es un fisiólogo a la manera de Taine, ni para juzgar su obra se puede prescindir como aquél hace, de sus «artículos rápidos». Precisamente en los que más se aproxima a «Clarín» y en los que más se aleja de Rodó; en los que se manifiesta más crítico —no mejor— que éste. Aun reconociendo en el autor de «Ariel», con Zubillaga y otras autoridades, el primero y más eminente de todos los críticos de América,⁸⁰ opinamos, con Pérez Petit, que le faltaron algunas cualidades como tal; entre ellas el sentido clariniano de lo periodístico, del momento, de saber censurar también lo que no es selecto ni profundo. Este sentido higienista que Pérez Petit tenía tan vivo, es en él que fue crítico más completo que Rodó, más policía. Pues mientras éste despreciaba el momento por la posteridad, aquél perseguía al malandrín para depurar la cultura.

La labor crítica de Pérez Petit, que es la «más considerable y en la que su intelectualidad ha dado más estimables frutos», aun siendo «la más olvidada», es, sin embargo, la que tuvo «más significación y efectividad» en la historia de la Literatura uruguaya, ejerciendo «una saludable acción saneadora».⁸¹

El magisterio de «Clarín» tenía en Montevideo, todavía en el primer cuarto de este siglo, un reflejo en la labor de Jorge Carbonell —más conocido por Valbuenita— que publica en «El Ideal» —hermano menor de «El Día»— unos «paliques gramaticales». Todavía en la actualidad se habla con unción de la eficacia de la crítica de Alas, y se la admira en el Uruguay. Cuando se celebró el primer cincuentenario de su muerte, F. Ferrandiz Alborz dedicó a su memoria uno de los artículos de síntesis biográfica, de pensamiento, y de época, que más pueden honrarle.⁸²

(80) ZUBILLAGA, J. A.: *El Crítico de Rodó*. En Revista cit., p. 100.

(81) ZUM FELDE, A.: *Proceso...* cit., p. 419.

(82) FERRANDIZ ALBORZ, F.: *A los cincuenta años de la muerte de «Clarín»*. En el suplemento dominical de «El Día», Montevideo, 9 de diciembre de 1951, núm. 986.

El magisterio de «Clarín» señala además el comienzo de un movimiento intelectual que llega con plenitud desde Oviedo hasta el Río de la Plata. El que habrían de continuar los profesores de aquella Universidad: don Rafael de Altamira, y don Adolfo G. Posada, con sus conferencias y su presencia en este hemisferio.⁸³ El que dejó una estela de superioridad cultural, y proyectó hacia ultramar el mensaje que la Universidad ovetense irradiaba con su «Extensión», provocando con ella un acercamiento a América de favorables repercusiones políticas. Las que, calladamente, logra la cultura y en las que fracasa la diplomacia. Las que debe a la Universidad ovetense el auge hispanoamericanista actual.

J. L. PÉREZ DE CASTRO

(83) PÉREZ DE CASTRO, J. L.: *Huella y presencia de Asturias en el Uruguay*. Montevideo, 1960, pp. 53 a 59. MELÓN FERNÁNDEZ, S.: *Un capítulo en la historia de la Universidad de Oviedo (1883-1910)*. Oviedo, 1963, pp. 76 y ss.